

## CAPÍTULO III.

## Jesuitas.

I. Multitud de acusaciones dirigidas contra ellos.—II. Cómo se acuerdan entre sí.—III. Sus enemigos.—IV. Sus amigos.

Lo dicho de los religiosos debiera también bastar para los Jesuitas, los cuales lo son ni más ni ménos que las demás Ordenes aprobadas por la Iglesia santa. Como abundan tanto relativamente á ellos las invenciones y las habladurías, es necesario decir algunas palabras aparte, ya porque la verdad quiere también su sitio aún para los Jesuitas, ya porque estando establecidos por autoridad de la Sede Apostólica, que siempre los ha protegido, empleado y favorecido hasta nuestros días, cedería en no leve deshonra de la misma si no los hubiese cubierto con su manto, no obstante ser hombres tan perversos. Mas como sería obra interminable bosquejar una defensa sobre todas las acusaciones fulminadas contra la Compañía de Jesus, daré sólo algunas razones generales, que bastarán á persuadir á cuantos busquen la verdad, de que carecen de todo fundamento.

I. Primeramente, para su justificación, es bastante la misma multitud y atrocidad de las acusaciones. No hay delito con el cual no se haya contaminado la Compañía de Jesus. Ha falseado el dogma, corrompido la moral, negado á Jesucristo, practicado la idolatría, defendido todos los vicios, falsificado todas las virtudes; ha hecho la apología del hurto y de la mentira, de la blasfemia y del perjurio; se ha servido de venenos y de puñales; ha enseñado y puesto en práctica el regicidio; ha promovido rebeliones, hecho estragos, y así sucesivamente, cometido las mayores atrocidades que se pueden perpetrar sobre la tierra. Y esto con una

constancia diabólica y con una pertinacia infernal, en los libros y en los púlpitos, en las obras de moral y de dogma, en secreto y en público. Así lo declara el gran Gioberti, recogiendo y copiando á todos los detractores de la Compañía presentes y pasados, y haciendo de todo punto imposible que los venideros inventen algo nuevo. Ahora bien. Por ser tan graves y atroces, ¿no se trasforman en ridículas por completo las acusaciones, toda vez que son humanamente imposibles? ¿Cómo puede un cuerpo tal de hombres existir en medio de toda la sociedad europea, sin que Pontífices, Monarcas, príncipes, Obispos, magistrados y agentes de policía durante siglos enteros se aperciban de tan públicos y solemnes delitos? Más. ¿Es posible constituir semejante sociedad entre los hombres? No todos los que dieron su nombre podían estar maleados y corrompidos hasta el punto de admitir con todo conocimiento tan desmesuradas perfidias: ¿cómo ninguno ha conservado un resto de conciencia para retirarse horrorizado, y revelar al mundo la horrenda trama? ¿Ninguno? ¿Ni aún de los que vivieron tan santamente en la Compañía, que alcanzaron, por juicio de la Iglesia santa, el honor de los altares? Las sociedades secretas, fundadas hace un siglo solamente, fueron conocidas de súbito, no sólo por los gobiernos, sino también por los particulares, y miles de aquellos infelices que se habían inscrito, entrando en sí propios, se apartaron de ellas y descubrieron todos sus secretos. ¿No ha sucedido nada semejante con los jesuitas? ¡En verdad que ésta es la más nueva maravilla del mundo!

II. Mas vengamos á las prescripciones de la Compañía, por las que debe formularse un cargo y aducirse un título cualquiera, para salvar á lo ménos las apariencias legales. Entónces vienen *las acusaciones más contradictorias, que se destruyen recíprocamente*. De España se proscriben porque, teniendo un instituto santo, no lo observan; en Francia, por el contrario, se condenan porque, si bien no son perversos, es detestable su instituto, que, como es claro, era igual en todas partes; los

mismos jesuitas, á una órden de los Superiores, pasaban de un reino á otro. La moral de los jesuitas, segun los escritores malvados de Puerto Real, es laxa, corrompida, corruptora; pero Gioberti, que repite mil veces lo mismo, afirma que es demasiado estrecha y angosta, porque es capaz de abrazar todas las sectas y todos los errores. Los jesuitas son regicidas, conspiradores, enemigos de los príncipes y de la autoridad: al mismo tiempo son hombres vendidos á todas las autoridades, defensores del despotismo, satélites de los tiranos, opresores del pueblo. ¡Los jesuitas no son religiosos, exclama uno, sino sábios, literatos, y todo ménos eclesiásticos! Nada de esto, sostiene otro: á exprimir toda junta la Compañía, no sacaríais ni el jugo que tiene un solo literato de Italia. Los jesuitas son retrógrados, y restablecerian, si pudiesen, las hogueras, los *ecúleos*, la Inquisicion, y no sé cuántas cosas más, para perseguir á los fieles. ¡Cómol replican otros: toleran hasta la idolatría manifiesta; no se someten ni al Papa ni á las Congregaciones, y menosprecian hasta la cruz de Jesucristo. Los jesuitas adormecen la conciencia y adulan á los pecadores; pero Choiseul y la Pompadour los persiguen porque su moral es demasiado rígida: hasta en nuestros dias, si hay alguno muy temeroso de Dios que se resiste á ciertas libertades de trato, ó á violar las leyes eclesiásticas, se le llama de súbito *jesuita*, *jesuiton*, etc., etc. A los jesuitas en particular, decia un filósofo piamontés, no puede negarse cierta vida intachable: cada uno, tomado en sí mismo, no es perverso; mas tomados en conjunto (¡oh Dios, qué trasformacion se realiza!), son una peste. En Italia y en Europa son una maldicion que daña y corrompe todas las cosas; mas en las Indias, en América, en otra altura polar, en fin, y bajo otro meridiano, podian ser útiles y producir mucho bien. ¡Tratad ahora de inquirir lo que hay con estas acusaciones enteramente contradictorias! ¿No os viene á la memoria aquel *non erat conveniens testimonium eorum*, referente al Maestro divino? para conciliar lo dicho, recurrirá más de uno á las

*alternativas dialécticas*, de moda en estos últimos tiempos; mas como no las alcanzo, diré con Bayle, no sospechoso de jesuitismo: «Bastará publicar ardidamente todo lo que se quiera contra los jesuitas, y estamos ciertos de que muchísima gente quedará persuadida;» ó bien con D'Alembert: «Estas acusaciones parecian contradictorias; mas no se trataba de decir la verdad, sino de sostener contra los jesuitas todo lo malo que se pudiese (1);» ó, finalmente, para ser algo más claro y más breve, repetir con el Espíritu Santo: *Mentita est iniquitas sibi*. «La iniquidad se desmiente á sí propia.»

Si necesariamente debiera dar una explicacion de dichos cargos y contradicciones, la daria del modo siguiente, suplicando al lector que considerase hasta qué punto es verdadera. Los jesuitas, que por su instituto se ocupaban en la enseñanza, en la predicacion y en todos los ministerios espirituales con el prójimo, halláronse frente á frente de los errores de los tres siglos últimos, é impugnándoles con la espada desenvainada, se lanzaron contra todo género de enemigos. En el siglo xvi combatieron el protestantismo y excitaron contra sí el furor de todos los herejes. Vieron que ciertos aduladores de los príncipes destruian los tronos, no con la revolucion, sino con levantarlos demasadamente y con poner en los lábios de los imperantes: *la Francia soy yo; la España soy yo; el Portugal soy yo*, y enseñaron, por el contrario, que los príncipes no eran la España, ni la Francia, ni otro reino, sino los regidores de la Francia, de la España, etc., que debian á su vez dar cuenta de su gobierno á otro Rey: así se atrajeron todas las iras de los parásitos y de los aduladores de los príncipes. Al ver lo opuesto, es decir, que los revolucionarios abatian los tronos, desconociendo la verdadera y la legítima autoridad de los príncipes, recordaron á los pueblos y á los agitadores que se debe obedecer en conciencia á los príncipes, *etiam dyscolis*, con lo cual consiguieron enfurecer á todos los revoltosos. Se-

(1) *Destruction des Jesuites.*

mejantemente, cuando surgió la secta de los falsos celantes; que, bajo pretexto de honrar más profundamente á Jesucristo de persuadir y de promover la penitencia, alejaba los fieles de Dios y de los Sacramentos, recordaron que los Sacramentos eran para los hombres, y que Dios no desea la muerte del pecador, sino su conversión: entónces se atrajeron la fama de relajados. Al ver que otros se reputaban cristianos, sin cuidarse de las buenas costumbres, sin observar las leyes eclesiásticas, con una vida completamente mundana, procuraron con ahínco desengañarles, y consiguieron la fama de místicos, escrupulosos y fanáticos. Los jesuitas dijeron también que, además de la autoridad de los príncipes, existía en el mundo la de la Iglesia, por cuyo motivo los regalistas y todos los adoradores del Dios-Estado hicieron pasar por revolucionarios: promovieron los intereses de sus neófitos en las misiones, protegiéndolos contra la rapacidad de quien los quería coger, y les acusaron de políticos, de comerciantes y de mil cosas más; ofrecían su ministerio á cualquiera que lo hubiese pedido, desde las córtes hasta los presidios, y díjose que se mezclaban en todo. En fin, la variedad de sus oficios se prestó á las calumnias más contradictorias; pero la misma contradicción muestra la frivolidad de aquellas calumnias.

III. Por lo demás, para persuadirse de ello, basta *observar* la fuente de que emanan. No sé si puede tejerse, no digo una apología más convincente, sino un elogio más sublime de la Compañía de Jesus, sólo con poner bien de realce á los que se lanzaron contra ella. Todos los que en estos tres últimos siglos persiguieron la Iglesia, su principado, la religion, los principios de la moralidad y de la justicia, se declararon enemigos encarnizados de la Compañía de Jesus. Llevan la bandera los protestantes del siglo décimosexto, de cualquier denominación que sean, los cuales con el hierro y con el fuego pusiéronse á exterminar á los jesuitas. Aquella joya de Calvino, entre los aforismos que estableció para propagar su secta, dejó escrito que los

jesuitas, «los cuales nos combaten con todas sus fuerzas, se deben quitar del mundo, ó á lo ménos oprimir con las calumnias.» *Jesuitæ vero, qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut certe calumniis opprimendi* (1). Consejo bien seguido por la reina Isabel, que los descuartizaba en el Tíborno, por los hugonotes, que los ahorcaban en Francia, y por los holandeses, que por mar y tierra los exterminaban: hasta en nuestros dias, el fantasma más terrible para un protestante es un jesuita. Surgió más tarde, como derivación de la de Calvino, aquella herejía engañosa que, bajo la máscara de la piedad y de la union con la Cátedra de Pedro, quería insinuarse en secreto en el corazón de los fieles, y hacer así estragos impunemente: aquella herejía persiguió mortalmente á los jesuitas, como lo acreditan sus jefes Arnaud, Pascal, Nicole, San Cirano, etc., y sus *ilustres* secuaces Tamburini y Zola, hasta los padres del portentoso Sínodo de Pistoia. Con esta legion va unida la de los parlamentarios y la de los regalistas, ó sea los Giannoni, los Febronii, los Van-Espen, los Tanucci y los Aranda, que tantas lágrimas hicieron derramar á la Iglesia, por no ser ya enemigos externos que se rebelaban, sino hijos desnaturalizados que afligian á su Madre; todos fueron enemigos jurados de la Compañía, á la cual proscribían, expulsaban, perseguían y encarcelaban de todas maneras. Los parlamentarios prepararon el camino á los filósofos y á los enciclopedistas, esto es, á la secta infernal que tomó sobre sí el empeño de abatir la Religion cristiana, llamándola *infame*: no descansó hasta que con libelos, calumnias y murmuraciones esparcidas en abundancia por Europa, hubo excitado todas las pasiones de aquella edad contra los jesuitas para echarlos de la tierra.

En nuestros dias, ¿quiénes son los grandes enemigos de los jesuitas? Ruego al lector que lo examine un poco consigo mismo. Los sábios, los virtuosos que hicieron sus proezas en el 48; á saber:

(1) Apud Rohrbaker.

los que mandaron al Vicario de Jesucristo y al príncipe Leopoldo de Toscana á Gaeta; así como al rey Carlos Alberto á morir á Oporto; aquel nido de asesinos que inauguró la república romana con las orgías del Capitolio y con las matanzas de San Calixto; todos los sectarios, en fin, de cualquiera estofa ó denominación. En las Universidades, ¿quiénes son sus enemigos? Los más dispuestos á las revueltas, á las doctrinas impías, irreligiosas y desvergonzadas: testimonios, los Michelet, los Quinet y algun otro que pudiera nombrar, pero que omito por ahora. Entre los periódicos, ¿quiénes los combaten? Constantemente y sólo los que tienen siempre calumnias que lanzar contra el Papa, la Iglesia y la Religion. Entre la juventud, ¿cuál es la que declama contra los jesuitas? Aquellos muchachos viciosos, vendidos en alma y cuerpo á una secta, que les manda despues hacer á su costa las demostraciones, y aquellos otros más corrompidos que, rechazando toda religion, han puesto su fin en las bestialidades de los sentidos y de la carne. Si habeis conocido algun clérigo ó religioso contrario á los jesuitas, habreis observado tambien que son de aquellos sacerdotes (¡casualidad extraña!) que están en pugna siempre con las curias episcopales, ó de aquellos frailes á quienes pesa la capucha, que hallan más fácil para conseguir reputacion desconocer los méritos de los demás, que conquistar propios. ¿Lo creereis? Hasta entre las señoras no faltan algunas amazonas que rompen sus lanzas contra los jesuitas: si teneis deseos de inquirir cuáles son, no vayais á buscarlas entre las matronas débiles hasta el punto de vigilar á su familia y á los criados, y de ir á la iglesia: las hallareis sin falta entre las que recaman banderas, toman parte en las demostraciones, y están á la altura de los tiempos.

¿Cuáles son las armas que todos emplean? La mentira desvergonzada, la calumnia atroz, la violencia desapiadada. ¿Cuándo pudieron los jesuitas, en tantas persecuciones y destierros, conseguir que se les procesase, como lo solicitaron muy en alta

voz? A los ladrones, á los sacrilegos, á los homicidas y á los parricidas, se les forma causa; mas para ellos vale siempre lo que, segun Tertuliano, servia para los primeros cristianos de proceso, sentencia y condenacion, ó sea la profesion y el nombre de *secuaces* de Cristo. ¿Dónde se hallan las acusaciones y las pruebas de sus delitos? En los libros de los herejes ó de los incrédulos: en escritos siempre condenados por la Iglesia. ¿Qué ha dicho Vicente Gioberti en cinco grandes tomos contra ellos? De nuevo consignó sus declamaciones y algunas puerilidades: lo demás trascribiólo de los autores condenados de Puerto Real. ¿Qué han hallado de nuevo en Florencia los escritores de la *Biblioteca civil de los italianos*? Han transcrito, en mala impresion y peor lenguaje, lo que habian impreso ántes los padres, condenados tambien, del conciliábulo de Pistoia. En estos mismos dias han estampado allí como cosa rara, y con privilegio, un librito de noticias secretas de los jesuitas, que son falsedades de un hereje polaco, declaradas hace más de dos siglos, calumniosamente atribuidas á los jesuitas, por sentencia del Nuncio Apostólico, del obispo de Cracovia, de la Inquisicion de España y de los Cardenales de la Sagrada Congregacion del Indice. ¿Quién podrá negar que es un honor ser aborrecidos, infamados, perseguidos, desterrados, y con tales armas, por cuantos infaman, ódian y persiguen á la santa Iglesia, su principado y todo lo que hay de bueno y de justo sobre la tierra? No; no pueden ensalzar mejor á la Compañía de Jesus que juzgándola digna de su ódio. ¡Ay de los jesuitas el dia en que fuesen amados por ellos!

IV. Por el contrario: *¿quiénes son los más amigos, los favorecedores y los patronos de la Compañía de Jesus?*—Si sus enemigos no logran destruir todos los monumentos y todas las historias, no podrán negar nunca que los jesuitas tuvieron en su favor constantemente cuanto hubo en la Iglesia, esto es, en el universo, de más ilustre por su santidad y sabiduría.

Los juicios de los Santos deberán ser sin duda

sumamente apreciados, por tratarse de los que tienen la inteligencia más clara y el corazón más libre de las pasiones: pues todos se ponen á su lado. San Felipe Neri quiso tanto á la Compañía, que pidió más de una vez á San Ignacio que lo recibiera entre los suyos: iluminado éste para conocer los designios de Dios sobre aquella grande alma, dijo que no. San Carlos Borromeo valiéndose de los jesuitas para directores de su alma, abrióles casas y colegios en Milan y en Suiza, murió en sus brazos, y miróles con predileccion en todo tiempo. San Cayetano Thiene profesó especial amor á la Compañía, como lo testifican dos autores de su vida. San Juan de Dios igualmente; y lo demuestra Lancizio. Enviaba el beato Juan Micone á los jesuitas á cuantos conocia deseosos de vida perfecta: *maiore Societatis laude quam referre modestum sit.* Santo Tomás de Villanueva, gran Arzobispo y gran lumbrera de la Orden agustiniana, los profesaba extremado cariño, hasta el punto de quejarse amorosamente cuando los Superiores le quitaban algun operario de la Compañía. Juan de Avila y Luis de Granada, dos de los más grandes maestros de espíritu de España, tenían en tanto á los jesuitas, que el primero enviaba á sus mejores discípulos á que se hiciesen religiosos con ellos: el otro, cuando su célebre hermano Melchor Cano se puso á impugnarla, escribió cartas de disculpa afectuosísimas, llegando á temer por aquel hecho castigos de Dios sobre toda su Orden. El beato Juan Texeda manifestaba que la Compañía no era tan combatida *sino porque siempre fué grata al Señor.* El beato Juan Marinonio decia de ella: *si scires donum Dei,* y desconfiando del propio juicio, se remitia al de los jesuitas. Santa Teresa amó con ardor la Compañía, y tuvo á lo ménos doce confesores y directores jesuitas; y da gracias á Dios de ello, y los alaba extraordinariamente en mil sitios de sus obras. San Luis Bertrando valíase de un jesuita para confesor y consejero, y los protegía y amparaba en todas partes con su autoridad. Santa María Magdalena de Pazzis, gran *serafina* del Carmelo, fué desde su niñez educada por

los jesuitas, y admiró su espíritu hasta el punto de inculcar á sus religiosas que se sirvieran de ellos constantemente; cuando la princesa María, hija del serenísimo duque de Toscana, dirigíase á Francia para contraer matrimonio con Enrique IV, *la recomendó encarecidamente procurase con la majestad de su Rey que volviesen á su reino los Padres de la Compañía de Jesus, diciéndole que éste era uno de los más grandes servicios que hacer podia á Dios para el bien de aquel reino.* De San Félix de Catalicio, del beato Alejandro Sauli y de San Camilo de Lelis, recuerdan sus vidas una especial predileccion á la Compañía. San Félix detenía hasta por las calles á los jesuitas, y rendíales aquel honor que todos le rendian á él. El beato Alejandro era el gran amigo de San Carlos, y es inútil decir más. De San Camilo se lee *que fué muy aficionado á los padres de la Compañía,* teniendo siempre viva la memoria del P. Octavio Capelli, por ser el que le amó y confesó en el principio de la fundacion. ¿Qué diré de aquel gran par de Santos, Francisco de Sales y Juana Francisca de Chantal? El primero se retiraba todos los años á sus casas, con el fin de hacer, bajo su direccion, ejercicios espirituales; alabábase de ser su amigo especial, y quiso morir entre sus brazos. Santa Francisca, conociendo que su muerte se acercaba, envió á rogar á un jesuita que fuese, con el objeto de asistirle: antes de fallecer, le dijo: *Nosotros estamos tan obligadas á vos y á vuestra santa Compañía, que nunca podremos mostrar bastante gratitud.* ¿Qué diré de aquel apóstol que se llamó Vicente de Paul? Lo que decia para humillacion propia y encumbramiento de la Compañía es tal, que no puede referirse de ningun modo sin inmodestia; pero pone de realce hasta qué punto la consideraba y queria. El beato Hipólito Galantini, de santidad tan conocida en Toscana, tuvo para confesores á dos jesuitas, y protestaba con vivo reconocimiento *que de mucho era deudor á la Compañía por lo bien que le habian encaminado en las cosas del espíritu.* Es, por tanto, dignísimo de observacion que todos los Santos fundadores de las